

EUGENIO FLORIT

ASONANTE FINAL

Es tan difícil, tan terrible
como pintar un árbol junto al río.
Pero aun así voy a intentarlo
porque me está quemando
dentro de mí la sangre de su alma;
la carne de su idea
nada bajo un montón de pensamientos,
quiere salir al sol, alza los brazos
y muestra en los cabellos como estrellas
gotas de agua fulgurando.
Y es que las horas y los días nos engañan,
y nos dicen que hay tiempo, muchos años
por delante, y nosotros creemos
y esperamos...
Pero no, hay que decirlo ahora,
hay que cantar cuando aun hay canto,
y decirnoslo mientras que podemos
como ya se lo han dicho tantos,
aunque de otra manera, de la mía
que es como yo quiero declararlo.
Como se empieza a hablar y se balbuce,
como se empieza a andar y se tropieza,
como se empieza a ver y no se mira,

como se empieza a amar y no se sabe,
y se empieza a morir y no se siente;
como, en fin, ahora estoy escribiendo
estas palabras sin saber adonde
se han de clavar si se las lleva el viento;
como se me ha perdido el asonante
que había sido en ao,
y ya no sé como será
porque todo está confuso y rápido
en la mente de Dios, que parece dormir
en esta tarde al otro lado
de su cielo de azules imposibles
y de nubes viajeras van viajando
viajadoras de viajes por arriba
con sus sombras moradas por abajo.
(Ya volví al asonante,
veremos hasta cuando).

Recuerdo a aquel niño
que soñaba despacio
sobre su bicicleta
y frente a su piano.
Tenía la voz seria
como de estar cansado,
y se quedaba a veces
a las olas mirando.
Ahora comprendo que,
ahora comprendo cuando,
ahora comprendo como,
ahora comprendo cuánto.
Ahora sé que tenía
el pañuelo mojado
por el verso indecible
que le salía en llanto.

En libro de pasta azul
llegó una vez Garcilaso
con Elisa en la elegía
y Juan Boscán de la mano.
El bosque era de laureles,
los ríos iban pasando,

la flor de Gnido llevaba
una lira para Mario.

(Había que estudiar los silogismos
que el Hermano Román iba dictando;
pero en el aire aquella mariposa
volaba vol volar vuela volando).

Llegó Fray Luis con su huerto plantado,
con su cielo de luces encendido,
y de su son apetecido
quedó el niño de ayer enamorado.

Ajeno de temor y de cuidado
entrábase en el verso enardecido
con un suave ruido
de viento por el aire tamizado.

Qué dulce el resbalar de las estrellas,
de las flores de Dios hacia el poniente
de un cielo de verano
en el que desde aquellas
horas de soledad el niño ardiente
las iba desclavando con la mano.

Claro que hay más recuerdos,
hay muchos más. Son tantos
que se atropellan todos
para salir al lago.
El lago aquí lo puse
para decirlo claro,
como los nadadores
del día de verano,
que uno de ellos del agua
sacó el reloj mojado.
Claro que hay más recuerdos
y todos recordados;
casi todos serenos
y algunos olvidados
como se olvidan luego
los suspiros que damos,
las palabras de amor
y el número de los zapatos.

Un hospital sabía Mallarme
con unas cortinas blancas y un crucifijo en la pared.
Verlaine escuchaba violines
entre la fronda de los jardines.
Wordsworth hablaba en aquel prado
donde jugaban los siete hermanos,
y de la voz del ruiseñor
Keats componía su dolor.
También Goethe componía
la verdad y la poesía;
y entre Martí, Darío y Juan Ramón
se está contento, como en su casa, el corazón.
¿Y dónde Bécquer? En la esquina
mirando aquella golondrina
que vuelve y vuelve y volverá
entre el balcón y la eternidad.
(Aquí Vicente Huidobro se inclina
para saludar a su golondrina).

Claro que hay más recuerdos.
Tantos como las estrellas del cielo,
de un cielo pequeñito, desde luego;
del que me cubrirá cuando yo esté ya muerto.
Y a propósito, con eso del estar muerto
me ocurre algo muy extraño.
(Aquí me encuentro al asonante
que no me había abandonado).
Y es que por más que pienso y pienso
en todo ese complicado
asunto del haber acabado
y del estarse uno pudriendo poco a poco,
y del quedarse ya olvidado
(pues aquí me pasé al consonante;
qué le vamos a hacer. Adelante).
Digo que todo eso del olvido,
y del acabar y del pasar
a mí me tiene sin cuidado.
Va uno por la calle preocupado
con una idea tonta, o vaya usted a saber,
tal vez alguna idea luminosa,
y de pronto, como el estornudar o como el toser,

nos mata un automóvil, y a otra cosa.

No. Que no es eso todo.

Es salirse de aquí, es dejarse
el traje viejo y el reloj de oro
y el cuaderno de versos.

Y es entrar en el cuarto de al lado
y ver que ya está el lecho preparado
y acostarse a dormir.

No. Que todo no es eso.

Es, tal vez sea,
como asomarse a la ventana
y ver que está saliendo la mañana,
y que hay más sol que ayer, y que hay más cielo,
y que tenemos el alma al lado
y que amorosamente le besamos la mano.

Claro que hay más recuerdos.

Se están quietos, callados por el día,
se asustan de toda la algarabía
de los saludos, y las lecciones y el subterráneo,
con el yes, very nice, con mucho gusto;
y así se están quietos, callados
—estoy diciendo los recuerdos—
hasta que por la noche van saliendo
como ratoncitos de todos los rincones del silencio
y llegan, suben, se alzan y me inundan
con grises aguas, dientes menuditos
y pedazos de ayer entre las patas.

(Aunque nadie lo sepa, quiero decirlo
porque me está pesando dentro del alma:
el pañuelo caído, solo en el muelle,
cuando el mar y la tarde se la llevaban).

Dime si quieres morir
ahora que el día levanta.
Déjame morir de noche,
con la luz de las campanas.

Dime si quieres morir
al centro de la mañana.
Déjame morir de noche
para quedarme en la cama.

Dime si quieres morir
cuando ya la luz se acaba.
Déjame morir de noche
ya con la luz acabada,
ya con la luz que me sirva
para escaparme de casa.

Entre las páginas del libro
se quedó el nombre disecado.
Cuando lo abrí para mirar
se me cayó entre las manos.
Era de ayer la mariposa,
oro y azul, oro azulado
con unos círculos de asombro
que aún estaban como mirando.
Entre los dedos parecía
el nombre al aire ya pintado,
como un color que se caía
polpo a polvo sobre la mano.

(Voy a esperar unos momentos
porque la pipa se me ha apagado.
Voy a asomarme a la ventana
porque la tarde me está llamando.
Voy a decirle que me espere,
que ya saldré dentro de un rato.
Voy a decirle que estoy tranquilo
haciendo versos en mi cuarto).

Tantas cosas se dicen sin por qué, por decirlas,
porque a veces es la palabra como un aliento sobrehumano
que nos sube a la garganta ¿—de dónde, Señor?— y si no sablamos
nos quedaríamos ahogados.
¿De dónde, Señor? ¿De qué rincón de la sangre, de qué pliegue del
|alma,
de que esquina del cerebro me ha salido este deseo
de decir que estoy contento
porque el cielo es azul
y alguien me ha dicho que soy bueno?
¿O por qué, sencillamente, sin razón,
si no tengo a nadie con quien hablar, escribo versos?
Esta piedrecita de la palabra tiene que rodar,

que rodar siempre, a los cuatro vientos,
para que no se llene de aquel musgo que a veces es bonito
pero que no sirve para nada bueno.
Palabra enmusgada, quieta, dormida, muerta.
No. Tiene que salir, rodar, rodar, hablar, hablar, hablar.
Al principio fue el Verbo.
El libro me lo dice... el periódico y el sobre de la carta.
Y la querida carta
que me echa un salvavidas a la distancia
y me cuenta que el otro día los mangos eran dulces
y que estaban reunidos a la hora de comer, casi lo mismo que hace años.
La palabra que dice "Revelation", bonito nombre de tabaco.
Revelación que Dios nos hace en un momento
cuando a las cinco de la tarde
todo mi mundo está en silencio
para que pueda resonar más en lo hondo
el sonido de la máquina de escribir
que está escribiendo esta palabra
que ahora en este minuto estoy creando.
Ella está, y yo estoy. Escribiendo, creando.
Dios mío, gracias por haberme dado
la máquina y los dedos,
y la hoja de papel,
y la palabra en que se abre el pensamiento.
Gracias por dejarme estar, dejarme ser;
aunque no sea más que por dejarme a tu costado.
(Ahora voy a afeitarme, Señor.
Te volveré a escribir a las cinco y cuarto).

¿Sabes, Señor, lo que pensaba
mientras que me estaba afeitando?
Pues en que todos nosotros,
los españoles y los hispanoamericanos
tenemos tanta confianza contigo
porque como tantas veces te nombramos,
a cada una de ellas te vamos creando
—esto creo que ya lo dijo don Miguel de Unamuno,
mejor que yo lo digo, claro.
Que te creamos y te creemos
y por eso hasta tí llegamos
en traje de casa, sin aspavientos,

a veces casi malcriados.

(Los de otros climas te querrán lo mismo,
pero se me figura que te respetan demasiado).

Por eso cuando tú nos dices

que se acabó este juego de aquí abajo,

vamos a tu cielo, los que vayamos,

con la tranquilidad de quien después de un paseo

vuelve a ver a su padre que le estaba esperando,

y que le dice, buenas noches, hijo,

¿por qué te has tardado?

Y uno contesta, pues por nada,

porque tenía ganas de caminar, de cojer una flor y de mirar un árbol;

pero ya estoy aquí, porque me he cansado.

¿No es verdad que es eso lo que pasa?

¿Que yo no lo estoy inventando?

Ya viste ayer, en el camino,

aquel pajarito muerto, con sus moscas y sus hormigas,

tieso, de palo gris, con el ala abierta

y un agujero tan hondo en el pecho

que por él se veía hasta el lugar oculto de su alma.

Ay, Baudelaire, carroña triste;

ay duque de Gandía, servidor de lo eterno;

ay pajarito ya sin árbol,

ay árbol ya sin aquel pájaro,

con otros muchos, pero sin aquél.

Ya sabes lo que hice:

quitarlo del camino

para que el muerto se muriera solo,

como Dios manda,

y así solo se quedara podrido.

Hoy, como está lloviendo,

como ha llovido

toda la noche, estará lavadito,

casi sin nada, ala tendida al aire inútil

y pecho bien vacío,

con los ojos, si es que le quedan, fijos;

y desde luego con el canto

de tal manera desaparecido

como esas notas tan difíciles

que salen del pentagrama por arriba y por abajo

enganchadas en el extremo de su escalera de palitos.

(Anoche, ya ves qué raro,
no soñé con el pájaro.
Soñé con el impermeable,
que me lo dejé olvidado.
Lo veía en los hombros de Cantinflas
como un ala que ya no era la del pájaro,
sino más bien la de la Victoria de Samotracia.
Ala grande, abierta para batir el récord,
para estarse en el aire tantos miles de años
que cuando aterrizase ya los hombres serían buenos,
y sabrían reír, y no utilizar más instrumento
que el scotch tape para curar las heridas de sus libros).

Como sigue lloviendo
la ventana está baja
y afuera por el aire
hay gotas como espadas
que frías se dividen
y desnudas batallan.
Los árboles las miran,
las aplauden las casas,
y los niños se quedan
detrás de las ventanas,
en el cristal las manos
y las narices chatas,
para ver como luchan
los ángeles del agua.

¿Dónde quedaste ayer, mi pensamiento,
dónde quedaste ayer, tan olvidado,
dónde quedaste ayer, como las gotas,
dónde quedaste ayer, que van bajando?

A buscarte me llevan todos los versos,
a seguirte me impulsan todos los cantos,
a loguarte me azuzan todas mis ansias,
a perderte me incitan todos mis pasos.
Y con el alma en vilo por las cuartillas,
pensamiento perdido, te voy buscando.

Como se busca un alfiler entre la lana de la alfombra
y la frase anotada en una esquina de la caja de fósforos,

y el trébol de cuatro hojas entre tantas hojitas de yerba
(dime, Walt Whitman, qué hiciste con las lilas,
con las últimas lilas que ante ti florecieron);
digo que busco, que te busco a ti, mi pensamiento,
como se busca porque sí la piedrecita verde por el río,
y la hora amarilla del arce,
y el color último del sol al borde oscuro de la nube,
y la palabra, la palabra que no llega,
que estamos esperando con la mirada abierta y con la boca fija,
y las manos suspensas y el aliento extendido,
y no llega, palabra que no llega,
digo, no es la palabra, el pensamiento
que ayer perdí, como el guante en el parque,
la bufanda en el cine
y el libro en el tren;
como se pierde todo lo que amamos,
como me perderán los que me aman
ese día, aquel día
en que me quede sordo de verdad,
sordo absoluto, ya definitivo,
y me estén llamando,
llamando,
llamando
por todas las esquinas de mi cuerpo,
sobre todas las páginas de mis libros,
entre todas las letras de mis versos,
y no contestaré, ¿qué habré de contestar?
porque ya de una vez y para siempre
me habré quedado muerto.

Middlebury, Vermont,

12 de agosto de 1948